



PARROQUIA

PADRE NUESTRO

Alameda de Osuna.
Avda. de Cantabria 4
Madrid 28042.
Tel. 917652110.
www.padrenuestro.es

Núm. 1.028

LA SAGRADA FAMILIA

2017.12.31

BANDERA DISCUTIDA

Simeón es un personaje entrañable. Lo imaginamos casi siempre como un sacerdote anciano del Templo, pero nada de esto se nos dice en el texto. Simeón es un hombre bueno del pueblo, que guarda en su corazón la esperanza de ver un día “el consuelo” que tanto necesitan. “Impulsado por el Espíritu de Dios”, sube al templo en el momento en que están entrando María, José y su niño Jesús.

El encuentro es conmovedor. Simeón reconoce en el niño que trae consigo aquella pareja pobre de judíos piadosos, al Salvador que lleva tantos años esperando. El hombre se siente feliz. En un gesto atrevido y maternal, “toma al niño en sus brazos” con amor y cariño grande. Bendice a Dios y bendice a los padres. Sin duda, el evangelista lo presenta como modelo. Así hemos de acoger al Salvador.



Pero, de pronto, se dirige a María y su rostro cambia. Sus palabras no presagian nada tranquilizador: “Una espada te traspasará el alma”. Este niño que tiene en sus brazos será una “bandera discutida”: fuente de conflictos y enfrentamientos. Jesús hará que “unos caigan y otros se levanten”. Unos lo acogerán y su vida adquirirá una dignidad nueva: su existencia se llenará de luz y de esperanza. Otros lo rechazarán, y su vida se echará a perder: el rechazo a Jesús será su ruina.

Al tomar posturas ante Jesús, “quedará clara la actitud de muchos corazones”. Él pondrá al descubierto lo que hay en lo más profundo de las personas. La acogida de este niño pide un cambio profundo. Jesús no viene a traer tranquilidad, sino a generar un proceso doloroso y conflictivo de conversión radical.

Siempre es sí. También hoy. Una Iglesia que tome en serio su conversión a Jesucristo, no será nunca un espacio de tranquilidad sino de conflicto. No es posible una relación más vital con Jesús sin dar pasos hacia mayores niveles de verdad. Y esto es siempre doloroso para todos.

Cuanto más nos acerquemos a Jesús, mejor veremos nuestras incoherencias y desviaciones; lo que hay de verdad o de mentira en nuestro cristianismo; lo que hay de pecado en nuestros corazones y nuestras estructuras, en nuestras vidas y nuestras teologías.



«El corazón tiene sus razones que la razón no conoce; lo sabemos por mil casos... ¿Es por razón por lo que os amáis?».

BLAISE PASCAL

Lecturas: Ec 3,3 7.14-17a/ Sal 104/ Col 3, 12-21/ Lc 2, 22-40

Lc 2, 22-40

Cuando llegó el tiempo de la purificación de María, según la ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén, para presentarlo al Señor [(de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo primogénito varón será consagrado al Señor») y para entregar la oblación (como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones»). Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre honrado y piadoso, que aguardaba el Consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu Santo, fue al templo. Cuando entraban con el Niño Jesús sus padres (para cumplir con Él lo previsto por la ley), Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz; porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo, Israel. José y María, la madre de Jesús, estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo, diciendo a María, su madre: «Mira: Este está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma..... Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba.

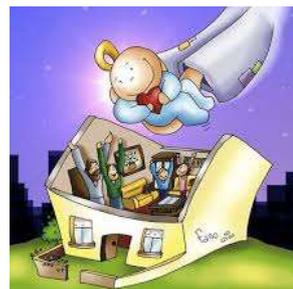
LECTIO DIVINA

Ambientación. Jesús siendo niño creció, se robusteció y se llenó de sabiduría en su pueblo natal, aprendiendo en su casa, con sus padres y en presencia de Dios. En casa se aprenden aquellas cosas fundamentales que marcan el resto de la vida, especialmente cuando una casa está llena de Dios, como la de Jesús en Nazaret.

Nos preguntamos. ¿Qué cosas valoramos de lo que aprendimos en nuestra casa? ¿Había también entre ellas «cosas de Dios»? ¿Qué han significado para nosotros todas esas enseñanzas? ¿Cuáles hemos olvidado o dejado de lado?

Nos dejamos iluminar. Jesús aprendió en Nazaret que Dios no era un ser lejano sino que estaba junto a él. Sus padres, sin embargo, no sabían que su hijo estaba tan cerca de Dios como Simeón y Ana profetizaron. Las «cosas de Dios» nos son familiares pero también nos resultan misteriosas.

Seguimos a Jesucristo hoy. De todos los valores, actitudes, ideales que aprendimos en casa, uno de los más importantes es descubrir que Dios está con nosotros (en Jesús de Nazaret) y nosotros con Él. Se trata de una enseñanza que no siempre valoramos, y que continuamente nos sorprende, nos cambia y transforma, nos ayuda a crecer.



Proclamamos la Palabra: Lc 2, 22-40